

JUAN ALDEBARAN

LA CAIDA DEL FASCISMO

El 8 de enero de 1944, un Tribunal especial reunido en la ciudad de Verona juzgó y condenó a muerte a los grandes jefes fascistas que en la sesión del Gran Consejo (Roma, 24/25 de julio de 1943) habían votado contra el Duce. El Tribunal no está hecho para esclarecer lo sucedido, sino para castigar; una escasa y aterrada defensa apenas podía contradecir un Tribunal hecho de fiscales. Por otra parte, lo que se sabe del Gran Consejo es más bien confuso. Probablemente se trataba —como fue la tesis de los acusadores— de una conjura preparada mucho tiempo antes más que de una decisión tomada en el mismo Consejo.

Vayamos más atrás. A principios de 1943, Italia tenía la noción de que la guerra estaba perdida. La guerra había sido una sucesión de campañas desastrosas. En noviembre de 1942, el Rey Víctor Manuel había hecho ya una aproximación a Ciano (ministro de Asuntos Exteriores, del que se sabía que siempre tuvo una sorda hostilidad hacia los alemanes) acerca de la posibilidad de buscar una paz por separado con los aliados. A pesar de las graves amenazas de represión, hubo huelgas masivas en Roma y en Milán: el pueblo, en la calle, pedía «paz, pan y libertad». Los portavoces oficiales acusaban a los comunistas de la agitación (de hecho, la re-

Con motivo del estreno en diversas ciudades españolas de "El Proceso de Verona", de Carlo Lizzani, y dado el carácter de reconstrucción histórica que posee el film, hemos creído de interés ofrecer —junto a nuestra habitual crítica— un trabajo de Juan Aldebarán sobre los hechos que prefiguraron la caída del fascismo en Italia. De esta forma, el lector —y posible espectador— puede enriquecer su visión de la película a partir del conocimiento del contexto histórico en que el proceso de Verona se produjo.

sistencia comunista al fascismo fue siempre activa), pero sólo una verdadera desesperación podía impulsar a las gentes a salir a la calle pidiendo paz. El 5 de febrero de 1943, Mussolini se decidió a la crisis ministerial (lo que en el vocabulario fascista se llama «el relevo de la guardia», para no dar nunca sensación de fracaso de un gobierno) y eliminó a los principales sospechosos de favorecer la paz. Empezando por su yerno, el conde Galeazzo Ciano, esposo de su hija Edda, ministro de Asuntos Exteriores, cartera que desempeñó el propio Mussolini. Ciano sería nombrado embajador en el Vaticano. ¿Por qué? Hitler —que había influido decisivamente en el cambio de gobierno— sospechó que el Duce pretendía colocar a su yerno en un punto decisivo desde el que pudiera negociar la paz por separado.

Hitler no sospechaba, en realidad, que Mussolini pudiera traicionar al Eje, sino que su terrible demoralización, su salud desfalleciente, la angustia de ver su patria deshecha, le llevara a capitular. Hitler tenía un considerable desprecio por el pueblo italiano (un desprecio natural dentro de sus teorías racistas), pero exceptuaba de él a Mussolini, que indudablemente le había inspirado en los años veinte. «Un romano con disciplina prusiana, con amor prusiano al trabajo, con heroísmo prusiano», había escrito de él Goebbels (en su libro «Der Faschismus», 1934), considerando que prusiano era el máximo superlativo. Y Hitler, en «Mein Kampf» (1934), expresaba abiertamente su admiración por «este gran hombre del Sur de los Alpes», que en vez de concluir un pacto con «los enemigos internos de Italia, buscó su

destrucción por todos los medios posibles».

Un fantasma desfalleciente

Pero en 1943, Mussolini era un fantasma al que había que insuflar espíritu. Se veía obligado a celebrar frecuentes entrevistas con él. Después del cambio de gobierno de febrero, envió a Ribbentrop a Roma con una carta personal: «Sé tan bien como usted, Duce, lo difícil que es tomar decisiones históricas, pero no estoy seguro de que después de mi muerte pueda encontrarse otro con la necesaria fuerza de voluntad». En la última relación de Hitler con Mussolini aparece continuamente esta idea de la última oportunidad: lo que no pueda ser hecho por ellos y en ese momento, no podrá hacerse nunca más. «Considero —añadía— que es gracia de la Providencia la que me ha escogido para conducir a mi pueblo en esta guerra» («Les lettres secrètes échangées par Hitler et Mussolini», París, 1946). La respuesta de Mussolini fue sugerir al Führer que iniciaría sondeos con Stalin para tratar de buscar una paz por separado con la URSS. Era una torpe respuesta a las maniobras internas italianas de buscar la paz por separado con los aliados. Si Hitler conseguía entenderse con Stalin,

Menos uno, todos fueron condenados a muerte: Ciano, el viejo mariscal Di Bono, Marinelli, Pareschi, Gattardi. Los cinco fueron fusilados al amanecer del





Hitler, Mussolini y el conde Ciano, en una de las muchas ocasiones en que se reunieron.

la guerra cambiaría de signo y podría encontrarse la paz para Italia sin traicionar al Eje... Hitler consideró que era necesario una entrevista personal para electrizar al Duce. La celebraron en abril, en Salzburgo. Goebbels relata en su «Diario» cómo Hitler había conseguido, una vez más, animar al desfalleciente Duce: «Poniendo cada onza de su energía nerviosa en el esfuerzo, consiguió colocar de nuevo al Duce en los raíles. En esos cuatro días, el Duce experimentó un cambio completo. Cuando descendió del tren, al llegar, el Führer pensó que parecía un anciano destrozado; cuando se fue, estaba ya dispuesto para cualquier cosa».

Pero volvió a Roma y volvió a la ciudad del derrotismo, el hambre, la desesperación y la conjura. La corona buscaba continuamente la paz. Si el viejo Rey Víctor Manuel desfallecía también, su hijo, el príncipe Humberto, trataba de salvar a toda costa la dinastía, y no encontraba más solución que

la de acabar con el fascismo. Probablemente los términos de la conjura y de la negociación con los jerarcas eran asunto del duque de Aquarone, ministro de la Casa Real. Sus contactos estaban señalados: los ministros que habían sido desposeídos en febrero. Se trataba de actuar con prisa, antes de que los aliados atacaran directamente Italia. No dio tiempo. El 10 de julio, los aliados desembarcaban en Sicilia; la población les aclamaba como libertadores, los símbolos fascistas se destruían en medio del jolgorio popular. Nueve días después, Hitler y Mussolini se citaban de nuevo. Esta vez correspondía a la entrevista el territorio italiano, la ciudad de Feltre. Mussolini estaba dispuesto a explicar al Führer que Italia no podía continuar en la lucha, que estaba vencida, que abandonaba. No pudo hacerlo. El entusiasmo de Hitler, su carga eléctrica, le dominaron una vez más. Hitler volvió a su tema favorito: «Si alguien me dice que nuestra tarea debe ser terminada

por otra generación, le diré que no es este el caso. Nadie puede predecir que la generación futura sea una generación de gigantes. Alemania necesitó treinta años para recobrase: Roma no se levantó nunca más. Esta es la voz de la historia» («Hitler e Mussolini», minutas italianas de la conversación de Feltre). Hitler hablaba sin cesar, Mussolini estuvo casi totalmente silencioso. Al salir de Roma, el general Ambrosio (nuevo jefe del Estado Mayor, sucesor de Cavallero) le había explicado la realidad de que la situación era insostenible... Si Mussolini hubiera tenido valor para expresárselo a Hitler, quién sabe cómo hubiese evolucionado la historia... Pero no lo hizo. Volvió a Roma con «la voz de la historia», con la necesidad de resistir.

El Gran Consejo

A partir de este momento, los partidarios de la paz supieron que

tenían que actuar por sí mismos y contra Mussolini. Los jerarcas exigieron la convocatoria del Gran Consejo fascista, que no se reunía desde 1939. («¿Un consejo? ¿Para qué necesita Mussolini consejo de nadie?», dicen que comentó Hitler cuando se enteró). El Consejo fue una tragedia. En él apareció la famosa «orden del día» de Grandi («¿la elaboró él solo?, ¿la redactó con ayuda de Ciano y de Bottai?») en la que se condenaba la forma en que Mussolini había dirigido la guerra, se exigía el regreso al régimen parlamentario y a la monarquía constitucional, el final del poder personal... Aunque se decía que todo se haría «de acuerdo con el partido fascista», la realidad es que el fascismo acababa de caer en Italia. La moción fue votada a las tres de la madrugada del día 25 (por 19 votos contra 7 y una abstención). Pero, en realidad, nadie sabía lo que iba a pasar a partir de aquel momento. Los fanáticos del partido podían resistir, podían detener a los que ya habían motejado de traidores. ¿Qué haría Mussolini? ¿Acataría la mayoría del Gran Consejo fascista? Entre insultos mutuos, los consejeros se retiraron. Algunos emprendieron ya la huida, seguros de que no quedarían impunes por haber votado contra el Duce. La mayor parte ignoraba (Ciano asegura que él era uno de ellos) que la segunda parte de la conjura estaba en marcha: la detención de Mussolini.

El mismo día 25, por la tarde, Mussolini fue llamado a palacio por el Rey, y fue detenido allí mismo. «Yo no tenía la menor sospecha de lo que iba a pasar», escribía después Mussolini («Memorias»). Víctor Manuel le habló con dulzura: «Mi querido Duce, esto no pue-

día 11 de enero de 1944. (Las tres fotos están tomadas de la secuencia —tan gloriosa como estremece dora del film «El proceso de Verona», de Carlo Lizzani).



LA CAIDA DEL FASCISMO



El mariscal Di Bono.

de continuar... Italia se nos va a pedazos, los soldados no quieren seguir combatiendo... En estos momentos es usted el hombre más odiado de Italia... Mussolini se limitó a recordar al Rey que estaba tomando una «decisión extraordinariamente grave»; pero no hizo ninguna resistencia. Estaba cansado, agotado y probablemente llegaba al momento más patético de su vida política con la sensa-

ción de una liberación. Mussolini se limitó a desear «buena suerte» para su sucesor y se retiró de la audiencia, creyendo que todo estaba concluido y que regresaba a su residencia. No era así. A la salida de la audiencia real, un oficial le enseñó una orden de detención por escrito; le condujo a una salida posterior y en ella le metieron en una ambulancia y le condujeron, simplemente, a una comisaría de policía.

A esa hora, el Rey ya tenía sucesor para Mussolini: el mariscal Badoglio. Personaje oscuro. Gran colaborador del fascismo. Mariscal desde 1925, había sido virrey de Etiopía, después gobernador general de Libia. En su haber, que se había manifestado contrario a la entrada de Italia en la guerra y que mantenía un odio profundo hacia los alemanes; probablemente, desde la primera guerra mundial, en la que había combatido contra ellos. Badoglio lanzó el mismo 25 de julio su primera proclama: «La guerra continúa. Italia, en el espíritu de su tradición, se mantiene fiel a la palabra dada». Lamentable fra-

se. Porque en ese momento todo el mundo, a partir del propio Badoglio, corría hacia los aliados para ofrecerles la paz: fascistas, militares, monárquicos...

«El gobierno de los cuarenta y cinco días»

Hitler tomó, en el espacio de dos días, cuatro decisiones importantes. La operación Eiche (roble), para liberar a Mussolini; la Student, que ordenaba la captura de Roma y el restablecimiento del fascismo; la Schwarz (negra), para ocupar enteramente Italia, y la Achse (Eje), para destruir enteramente la flota italiana. Sólo la primera dio resultado total. Una audaz operación dirigida por el comandante SS Oto Skorzeny (residente en Madrid desde el final de la guerra), consiguió la liberación de Mussolini, que después de numerosos traslados había sido conducido a un hotel de alta montaña en el Gran Sasso. Fue el 13 de septiembre: Mussolini llevaba cuarenta días detenido.

Mientras tanto, en Roma, sucedía el período histórico conocido con el nombre de «gobierno de los cuarenta y cinco días»: el de Badoglio. Este no cesaba de ofrecer a los alemanes pruebas de su sinceridad de continuar la guerra junto a ellos, mientras continuaba las negociaciones con los aliados. Grandi, el autor del «orden del día» en el Gran Consejo, había huido a Lisboa, pero no era escuchado. Se había dirigido especialmente a los Ingleses (Grandi había sido embajador en Londres). Pero éstos querían un interlocutor que no estuviese en fuga, sino que tuviese resortes de poder en Roma. Sin embargo, su acción sirvió para desorientar a los servicios de información alemanes: mientras éstos —dirigidos por el barón Von Rheinshaven, que aparecía como delegado de la Cruz Roja— vigilaban a Grandi, el emisario de Badoglio se ponía en contacto con los aliados. Era el general Castellano, que debía aparecer como un funcionario del Ministerio de Finanzas llamado Raimondi, destinado como agregado comercial en Lisboa. Pasó primero por Madrid, don-

ANTE «EL PROCESO DE VERONA», DE CARLO LIZZANI

La seriedad y el rigor histórico con que Carlo Lizzani enfocó los hechos que condujeron al proceso de Verona y el proceso mismo —que quedan analizados por mi compañero Juan Aldebarán— constituyen el primer dato positivo del film que ahora llega a las «salas especiales» de nuestro país. Se trata de una dramatización ejemplar del período decadente del fascismo italiano, centrada en el matrimonio Ciano, pero recogiendo simultáneamente toda la complejidad del momento político descrito. Junto al valor documental de la película, su «sabor a realidad», la propia anécdota dramática posee fuerza, llega al espectador como si de una obra de ficción se tratase. Difícil síntesis, que el cine italiano de los años sesenta («Salvatore Giuliano», de Rosi; «La larga noche del 43», de Vancini; «Los cuatro días de Nápoles», de Loy, entre otras) desarrolló en profundidad, desbrozando el camino para el «cine político» que surgiría a continuación.

Durante el rodaje de «El proceso de Verona» (1963), Lizzani declaraba que, más que sobre el marxismo, la base teórica del film reposaba sobre la fenomenología de Merleau-Ponty. Y, evidentemente, ese acercamiento fenomenológico al hecho histórico global es el que estructura la película una vez realizada, al acumular una serie de datos provenientes de diversas perspectivas en orden a una visión conjunta que es sometida a la consideración reflexiva del espectador. Por supuesto, la película juega de diferente manera según sea ese espectador, no ya cualitativamente, sino vivencialmente. Lo que para el

público italiano significa la reconstrucción de un momento de su trayectoria como ser histórico, para el de otros países viene a ser un escaparate, un mirador en el que contemplar algo con la distanciamiento de quien no lo ha sufrido en su propia carne. Ello constituye un «handicap» teórico del que —estoy seguro, viendo los resultados— fueron conscientes en su momento, tanto el guionista, Ugo Pirro (que más tarde trabajaría con Elio Petri), como el realizador, Lizzani. Para salvarlo, y tras un proceso de selección que resume en dos horas lo sucedido en varios meses, su trabajo se encaminó en el sentido de «dar carne» a los personajes, de hacerles actuar humanamente y no como simples protagonistas de un manual de Historia contemporánea. De esta forma, son seres vivos, contradictorios, débiles e impotentes ante una caída que los arrastra sin poder evitarlo. Hombres y mujeres que aspiran a ser naufragos de una situación, sin darse cuenta que la corriente es tan potente que no permite las tablas de salvación. Pocas veces como en «El proceso de Verona» ha quedado tan clara la consabida interrelación entre trayectoria individual y trayectoria colectiva, tan manifiesta la consideración del hombre como ser histórico en cuanto protagonista y víctima de la Historia, hecho al que no puede sustraerse por más que quiera. Ahí sí está Marx, ahí sí pone en juego Lizzani toda su construcción ideológica.

Edda Mussolini, esposa de Ciano, es quien con mayor voluntad intenta luchar contra corriente. «¡Todos es-

táis hablando continuamente de la Historia, pensando en ella! ¿Qué me importa a mí la Historia? Lo que me importa somos nosotros, nuestras vidas de ahora», le dice a su secretario con motivo del ocultamiento del diario de Ciano. Su fracaso en el intento por salvar a su marido le da la respuesta. Toda su vitalidad, su genio, su fuerza personal (dadas en una extraordinaria, asombrosa interpretación de Silvana Mangano), no le sirven para nada. El fusilamiento de los cinco principales encartados en el proceso —en una secuencia tan sobria como estremecedora, gran acierto de Lizzani— es la contestación a su «fuera de juego», a su empeño de ser David sin la protección divina.

Ejemplo de cine adulto, de cine consciente de su responsabilidad cultural y política cara a la sociedad en que se desarrolla, «El proceso de Verona» forma, con «Achtung, banditi!» (1951) y «Cronache di poveri amanti» (1954), la trilogía —centrada toda ella en el período fascista— del mejor cine de Lizzani, año tras año encaminado a realizar obras de encargo, ausentes —salvo «Frente al amor y a la muerte», 1965— de cualquier toque decisivo de personalidad. Como tantas obras importantes, nosotros vemos «El proceso de Verona» con nueve años de retraso, cuando su formulación estética, su planteamiento dialéctico, han sido enriquecidos por films posteriores, que quizá veamos dentro de otros nueve años. Resulta muy difícil avanzar así. Porque es otra manera de sustraerse a la Historia, de morir fusilados sobre una silla de tijera. ■ FERNANDO LARA.



Ciano, interpretado por Frank Wolff en «El proceso de Verona».

de se entrevistó con el embajador sir Samuel Hoare; pero el gran bloque de sus conversaciones se desarrolló en Lisboa, con el embajador británico sir Ronald Campbell. Las conversaciones se extendieron finalmente a Argel, a Londres y a Casablanca, en Siracusa. Inútiles, por otra parte. Los aliados —especialmente los americanos— oponían una decisión firme: rendición sin condiciones. No tuvieron los italianos más solución que aceptarla el 3 de septiembre: fue el «Armisticio de Cassibile». Fue oportuno. Poco después, el general Eisenhower mostraba en Mal-

ta un mapa al mariscal Badoglio. «Han hecho ustedes bien en rendirse. De otra forma, esto era lo que les esperaba». El mapa era un plano de Roma donde estaba señalado en rojo el Vaticano: todo lo demás iba a ser enteramente destruido. Otro mapa mostraba Italia dividida en varias zonas: eran los planes de bombardeo. Eisenhower había dispuesto la destrucción entera de Italia en un plazo de quince días, mediante la utilización de 5.000 fortalezas volantes, ya preparadas, que debían efectuar dos operaciones de bombardeo diarias.

El mismo 3 de septiembre, tres horas después de la firma del armisticio, Badoglio recibía al embajador de Alemania, Rahn, con tono de dignidad ofendida: «Está usted hablando con el mariscal Badoglio: yo soy uno de los tres mariscales más viejos de Europa, con Mackensen y Pétain. La desconfianza del gobierno alemán hacia mi persona es incomprendible. He dado mi palabra y la mantengo. Le ruego a usted que confíe en mí». La noticia de la capitulación no se publicó hasta ocho días después: el tiempo necesario para que la familia real y el gobierno pudieran huir de Roma, donde todo podía ocurrir, y de hecho ocurrió: los alemanes se hicieron dueños de la ciudad, donde tuvieron que enfrentarse con la resistencia.

A partir de la llegada de Mussolini a Alemania tras la Operación Roble (el mismo nombre de roble aplicado a Mussolini, que también aparece en la clave de la operación citada como «objeto precioso», denota la amistad y la admiración que le profesaba Hitler), comenzó a crearse el nuevo gobierno fascista. Hitler contaba con pobres personajes de segunda fila, como Pavolini, Farinazzi, Mezzasoma, Buffarini-Guidi... Personajes sostenidos únicamente por su fanatismo, por su griterío, por sus discursos de venganza y exterminio contra quienes habían traicionado al Duce. Hitler les consideró siempre como entes menores, a los que la presencia de Mussolini debía infundir valor. Pero cuando llegó Mussolini era ya un cadáver. Fue una decepción. La relata Goebbels en su diario: «El Duce no había obtenido de la catástrofe de Italia las conclusiones que el Führer esperaba. Estaba, naturalmente, feliz de ver al Führer y de estar de nuevo en libertad. Pero el Führer esperaba que la primera cosa que haría el Duce sería lanzarse, vengativo, contra sus traidores. No dio indicios de tal cosa, lo cual mostraba ya cuáles eran sus limitaciones. No es un revolucionario como Hitler o Stalin. Está tan amarrado a su propio pueblo italiano que carece de las cualidades de un revolucionario con amplitud mundial, de un insurrecto».

Mientras tanto, los considerados traidores del Gran Consejo —los



El mariscal Badoglio.

que habían sido hechos prisioneros: otros habían huido al extranjero, como Grandi, o estaban cerca del gobierno que había firmado el armisticio— esperaban, sobre todo, la llegada a tiempo de los aliados que debían liberarlos. El que menos podía esperar esta eventualidad era el conde Ciano. Con su mujer, Edda Mussolini y sus hijos, había sido trasladado a Alemania, a una residencia próxima a Munich, en media prisión. Ciano quería haber escapado a España, con la ayuda de los alemanes: pero éstos le habían engañado y le habían llevado a Alemania. La liberación de Mussolini le llenó de alegría: esperaba que el Duce le ayudaría, aun solamente por ayudar a sus hijos y a sus nietos. Probablemente lo hubiera hecho. Mussolini tenía una especial debilidad por su hija Edda; pero ya no era dueño de sus actos. Llegó a albergar la idea de «recuperar» a Ciano y confiarle un puesto importante en el nuevo gobierno fascista. Hitler le convenció de que no lo hiciera así. Goebbels consideraba que Ciano era «una seta venenosa» y que Mussolini le debía ejecutar. Era también la opinión de Hitler. «Debe fusilar a su yerno y azotar a su hija», comentaban Hitler y Goebbels. Edda, en la residencia-prisión, tenía un comportamiento que espantaba a sus vigilantes alemanes. «Se comporta como un gato salvaje. Rompe la vajilla, destroza los muebles, a la menor provocación». Quizá esta fuerza era la que tanto había admirado Mussolini...

De esta forma, Italia quedó convertida en tres partes. Mientras en el Sur se establecía el gobierno real, en el Norte se formó el «gobierno fascista republicano» de Mussolini-Pavolini. Los «repubblicani», como los llamaba el pueblo, con un diminutivo despectivo. Se había establecido en Saló, junto al lago de Garda. Y había emitido doctrina en un congreso fascista celebrado en Verona: nacionalizaciones de la economía (que ya no existía), lucha contra la burguesía, reafirmación de los principios fundacionales, creación de la «República social fascista»... Entre la Monarquía de Brindisi y la República de Saló, una tercera zona variable, in-

definida, que era la que ocupaba la resistencia. Tres Italias. Y pronto una cuarta, la ocupada por los alemanes, que ya no confiaban en Mussolini; y una quinta, cuando comenzase el desembarco aliado...

El proceso de Verona

En todo ello, se pensó en hacer un gran proceso ejemplar de los traidores del 25 de julio. Mezcla de venganza, de fanatismo, de desesperación y, sobre todo, de desoído congraciarse con los alemanes, que insistían en que sólo una dureza atroz podía salvar aún Italia (como harían en su propio país). La víctima precisa de los alemanes era el conde Ciano: los demás podían figurar como comparsas. Se reunió a todos en la cárcel de Verona: Ciano, convenientemente separado de los demás, directamente guardado por la Gestapo y manipulado por ella para obtener ciertos documentos secretos, entre ellos el diario, donde se descubrían todas las grandes manipulaciones de la diplomacia alemana y el verdadero fondo de la alianza con Italia. No lo consiguieron, Ciano continuó escribiendo el diario en la misma cárcel. No se tiene hasta ahora la menor noticia de cómo pudieron salir sus manuscritos finales de la prisión. Las últimas páginas están fechadas el 23 de diciembre de 1943, «en la celda 27 de la prisión de Verona», que es la misma fecha que lleva una carta dirigida al Rey. La totalidad de los documentos fueron sacados de Italia por Edda Mussolini, que consiguió salir del país por la frontera suiza, burlando la estrecha vigilancia alemana. Fueron luego extensamente publicados, y constituyeron una de las bases de la acusación contra los criminales de guerra en Nuremberg.

El proceso se celebró el 8 de enero. Fue rápido, brutal, ante una sala que reclamaba a gritos la muerte de los acusados (y los hubiese linchado allí mismo de no haber sido rápidamente sacados), sin ocasión de defensa, sin testigos a favor. Menos uno, todos fueron condenados a muerte: Ciano, el viejo mariscal Di Bono, Marinelli, Pareschi, Gottar-

di, Pavolini y la Gestapo encontraron la manera de evitar que la petición de gracia llegase a Mussolini: para evitarle, decían, el duro trance de tener que rehusar la gracia al propio marido de su hija. En realidad, porque temían que Mussolini cediese a última hora a las súplicas de su hija Edda, a las de su esposa, Rachele, e incluso a las de su amante, Clara Petacci. Al amanecer del día 11, los cinco condenados fueron ejecutados por la espalda, sentados y amarrados a las sillas, por una escuadra fascista.

Mussolini vivió desde entonces en una especie de abulia, de medio sueño, del que apenas salía. Las decisiones se tomaban en su nombre, pero sin que él realmente las tomase. Nunca se había repuesto del golpe del 25 de julio. Vio finalmente cómo las provincias de Trento, de Bolzano, de Belluno, se anexionaban a Alemania; luego correrían la misma suerte las dos Venecias. Las nuevas entrevistas con Hitler le dejaban sin tono. Ya no se le trataba como al precursor del fascismo mundial, ni siquiera como al aliado: era un pobre viejo en desgracia. Llegó el momento, para él, de capitular. Aún creyó las últimas consignas de Hitler —que él mismo creía—, de que los Estados Unidos y la Unión Soviética iban a enfrentarse, y los necesitarían a ellos. En marzo y abril de 1945 encargó al cardenal Idefonso Schuster que negociara con los americanos «para ofrecerles su ayuda» en una guerra contra la URSS. Se le respondió que se rindiese sin condiciones. El 17 de abril de 1945 se instaló en Milán, aparentemente para crear un reducto defensivo, pero en realidad para estar próximo a la frontera suiza. El 25, en el arzobispado, negoció con los jefes de la resistencia para tratar de una capitulación: se le respondió que no se aceptaba de él más que la rendición sin condiciones. Finalmente, intentó huir. Una patética caravana hacia el lago de Como, hacia Suiza, Mussolini iba vestido con un uniforme alemán, tenía a su lado a Clara Petacci: la caravana fue interceptada por los guerrilleros, y el coronel Walter Audisio (llamado coronel Valerio), de los Voluntarios de la Libertad, les ejecutó a los dos por su propia mano, mientras mandaba fusilar a los otros prisioneros: los ministros del gobierno de Saló. Los cadáveres fueron llevados a Milán y colgados por los pies en la fachada de un garaje de la plaza de Loreto.

La noticia llegó a Berlín cuando Hitler estaba refugiado ya en el «bunker» de la Cancillería. Dicen que fue la que le decidió a suicidarse: no quería correr la misma suerte que el Duce. El hombre que tanto había influido sobre él en los primeros tiempos de su aventura, influyó también, definitivamente, a la hora de abandonarla. ■ J. A. Fotos: Archivo TRIUNFO.